

Comentario de un libro y de una época histórica

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

ISABEL DE CASTILLA, REINA CATOLICA DE ESPAÑA

(De Manuel Ballesteros Gaibrois)

Desde que Hernando del Pulgar escribió la *Crónica de los señores reyes católicos* son muchos los cronistas e historiadores que han tratado de la personalidad y de la obra gubernativa de la gran reina doña Isabel la Católica, primera de Castilla, como lo ha hecho ahora don Manuel Ballesteros Gaibrois, en su reciente y bien documentada obra histórica titulada *Isabel de Castilla, reina católica de España*, que es a la vez narración biográfica y comentario crítico. (Edición de Mundo Científico, serie histórica, Madrid. 1964). Del nuevo libro voy a tratar en este comentario, mas no sin enumerar brevemente antes algunas de las crónicas y narraciones históricas que tratan de la gran reina castellana porque ello contribuirá a realzar la originalidad del empeño biográfico de Ballesteros, al considerar cuan abundante es el conjunto de historiadores que le han precedido.

Uno de los primeros cronistas de la reina y de su política fue, pues, Hernando del Pulgar, homónimo de aquel intrépido capitán con quien a veces se le ha identificado, Hernán Pérez del Pulgar, que durante el sitio de Granada entró hasta la puerta de la mezquita, y clavó allí con su daga un cartel en el que escribió a modo de desafío, *Ave María*.

Comenzó a escribir Pulgar por autoridad pública en 1482; así lo declaró en carta dirigida a la misma reina. Dio principio a su narración haciendo mención de los enlaces matrimoniales de don Juan II y de Enrique IV de Castilla, y llegó en ella hasta 1490. Su obra escrita en atildado castellano pasó luego original a manos de Lorenzo Galíndez de Carvajal, quien, como Pulgar, tenía el título de cronista real. Este, por orden de Fernando el Católico, la pasó a Antonio de Nebrija para que la tradujera al latín, quien lo efectuó así, y le puso un prólogo o dedicatoria que tituló *Divinalis*. Halló luego entre los papeles de este escritor

la mencionada crónica su hijo Sancho de Nebrija, y la hizo imprimir en Granada en 1545. Posteriormente la reimprimió en la misma ciudad, dedicándola al príncipe Felipe —después Felipe II— en 1550.

En el mencionado prólogo el traductor hablaba más como autor que como traductor únicamente, por lo que se le ha hecho el cargo de haber querido apropiarse de obra ajena. De esta inculpación lo defiende el prologuista de la edición castellana hecha en Valencia en 1780, observando que bien pudo darla a la estampa Sancho como obra de su padre, con otras del mismo escritor, con entera buena fe, tomándola por suya.

La *Crónica* corrió como obra de Nebrija por algún tiempo, sin que en ella se hiciera mención alguna de Hernando del Pulgar, su verdadero autor, y así se imprimió nuevamente en Valladolid en 1565. Mas de ella existían varias copias, más o menos fieles, en las que constaba el nombre de quien la había escrito; y se imprimió al cabo como suya en 1567, En Zaragoza. En hermosa y cuidada edición fue reimpresa en Valencia, en 1780, procurando acoger la versión que se tuvo por más auténtica.

La *Crónica* de Pulgar, a pesar de ser contemporáneo de los Reyes Católicos, está llena de errores e inexactitudes, por falta de conveniente investigación de los hechos narrados, y carece del necesario complemento en que se traten los sucesos acaecidos hasta la muerte del rey Fernando. Este complemento quiso dárselo el editor de 1780, pero prescindió de ello por considerar el empeño de escribir hartó laborioso, y por tanto, incompatible con la pronta aparición del libro.

Esta fue la primera narración del reinado de don Fernando y de doña Isabel. De la misma época son los *Anales del reinado de los Reyes Católicos*, de Galíndez de Carvajal y la *Historia de los Reyes Católicos*, de Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios —población cercana a Sevilla— obras más acordes con la verdad histórica son estas, de más firme información documental, como lo es también la *Crónica de Aragón*, de Jerónimo de Zurita, que estudió para escribirla los archivos españoles y extranjeros, poco después de la muerte de los Reyes Católicos. La obra de Bernáldez tiene la ventaja de haber sido compuesta por un modesto párroco de un humilde pueblo de Andalucía, alejado de aspiraciones cortesanas, condición de imparcialidad que no puede suponerse en los otros autores, a uno de los cuales, Pulgar, trata Fitmaurice-Kelly en su *Historia de la literatura española* de simple adulador e historiógrafo oficial, sin duda con extrema severidad.

La *Crónica de Bernáldez* permaneció por mucho tiempo inédita, o solo conocida en copias manuscritas, pues su primera impresión no se efectuó sino hasta 1856, en Granada, como folletín encuadernable de un periódico. Se imprimió por segunda vez en Sevilla de 1870 a 1875. La tercera edición es la incluida en el tomo LXX de la Biblioteca de Autores Españoles. Debe mencionarse también la historia de Pedro Mártir de Anglería, del mosén Diego de Valera y Jerónimo de Zurita.

Sobresale entre los historiadores antiguos en este caso, aunque como historiador general de España, el jesuita don Juan de Mariana —1537-1624— al que Balmes considera como uno de los hombres más extraor-

dinarios de su tiempo, quien narró, con erudición y apoyado en los antiguos autores, la época del reinado y política de los Reyes Católicos, con la autoridad que le reconoce el autor inglés antes citado, que lo califica del más ilustre entre los historiadores españoles. La narración del período mencionado tiene gran valor histórico, más es de advertir, como el propio Mariana lo dice, que no fue investigador acucioso para perfeccionar por este medio el conocimiento del pasado, sino que se limitó, en términos generales, “a poner en estilo y lengua latina lo que otros tenían juntado, como materiales de la fábrica que pensaban levantar”, destinada así a dar a conocer a España, no tanto dentro de la misma nación como en el extranjero. Por ello precisamente escribió primeramente en latín y tradujo más tarde su historia al castellano.

En la conocida serie de biografías y genealogías, *Memoria de las reinas católicas*, dejó el padre Enrique Flórez, en el siglo XVIII, una detallada monografía de la reina Isabel la Católica de Castilla, de León y de Aragón, pero esta biografía tiene más interés genealógico que personal y político.

Entre los historiadores españoles contemporáneos merece especial mención el padre Coloma, verdadero historiador, a pesar de la forma viva y pintoresca que emplea, que en su obra *Fray Francisco*, dejó uno de los mejores relatos de la vida de esta gran reina de España. Por muerte del autor quedó incompleta esta narración biográfica de la vida del cardenal fray Francisco de Cisneros, pero la concluyó el padre Alberto Risco, en forma muy acertada, con el mismo espíritu del autor, y aun con el mismo estilo literario, valiéndose quizás de los apuntamientos que para el segundo tomo tuviera ya preparados el padre Coloma, y tal vez de algunas partes ya escritas.

El padre Feliciano de Cereceda en su conocida *Semblanza espiritual de Isabel la Católica* presentó otro retrato moral de la reina, no menos completo, en él analiza las grandes dotes morales y políticas de aquella.

Entre los historiadores generales de España, o de el período comprendido entre los siglos XV y XVI, son muchos los que tratan de la gran Reina Católica, desde fray Juan de Mariana hasta los contemporáneos, Lafuente, Ballesteros Beretta, Altamira, Aguado, Bleyer, Vivens Vives, Ballester y otros más.

Félix Llanos Torriglia ha añadido a este tema su hermosa y delicada obra. *En el hogar de los Reyes Católicos*, y Francisco Gómez de Mercado ha hecho un prolijo análisis del espíritu y de la obra de la reina, en su testamento y codicilo, en su libro *Isabel I*.

Codicilo famoso es este, donde se halla aquel punto XII en que poniendo su postrer recuerdo de afectuoso celo en nuestra América, “islas tierra firme del mar océano, descubiertas e por descubrir”, ordenó “inducir y traer los pueblos dellas a los convertir a nuestra Fe Católica”, y donde mandó que no se consintiera “que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme, ganadas e por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas mando que sean bien e justamente tratados”.

Aún esperamos el tomo en que se ha de tratar del reinado de los Reyes Católicos en la monumental *Historia de España* que, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal está apareciendo, de la que se han publicado diez volúmenes, elaborados por especialistas de cada uno de los períodos de la vida peninsular.

Es importante en este caso recordar que don Antonio Ballesteros Beretta y su esposa, la dama bogotana doña Mercedes Gaibrois, dejaron un muy buen ensayo histórico, como suyo, de los tiempos de Isabel y de Fernando, y que su hijo, el profesor Ballesteros, cuyo libro comento, ya había anteriormente estudiado en otro ensayo la obra de gobierno de Isabel la Católica.

El marqués de Lozoya, entre los actuales escritores, tiene dos obras referentes a los Reyes Católicos: *Los orígenes del imperio español: la España de Isabel y de Fernando* y *Significado del reinado de Isabel según sus coetáneos*.

José Cepeda Adán ha comentado el sentido providencialista con que escribieron los cronistas de este reinado, que vieron en el súbito paso de España del estado anárquico de revuelta política al orden y al engrandecimiento nacional, alcanzados con el ascenso al trono de Isabel y Fernando, la unificación del país, la reconquista de Granada y con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Sucesos fueron, en realidad, en que los designios de Dios se hicieron más claramente manifiestos en el orden general del desenvolvimiento de los acaecimientos humanos.

Pero no solamente escritores españoles se han ocupado de esta insigne figura histórica, cuya influencia alcanza desde el renacimiento hasta los tiempos actuales, sino que no pocos historiadores extranjeros se han dedicado también a narrar la vida de esta insigne reina castellana y a referir los trascendentales hechos de su reinado. Enumeraré algunos de ellos: Williams T. Thomas Walch, en obra titulada con el nombre de la propia soberana, y, que como todas las producciones de este autor, quien ha dedicado varias de ellas a personajes españoles, ofrece a más de la importancia que por su estudio y seriedad tienen, los elogios suyos, que por ser escritor de origen judío, no se pueden tachar de parciales. *La Reina de las reinas*, de Cristóbal Hare, es uno de los estudios más completos y entusiastas que la literatura extranjera ha dedicado a la Reina Católica. Ja. St. Witlin, autor alemán, en libro que titula con el nombre de la reina, y al que añade el de *Fundadora del imperio mundial de España*, ha hecho de ella un estudio que revela la admiración que, como en los otros autores nombrados, despierta la reina. Ello muestra que no solo los historiadores españoles, sino también los extranjeros, y singularmente en Prescott, el historiador inglés de los Reyes Católicos y de Felipe II, con respetable sentido crítico e instigativo se han dedicado a los temas españoles y han admirado y elogiado a la gran reina castellana.

Sería prolijo detenerme a mencionar a los cronistas e historiadores que hablan de la reina Isabel la Católica, ya entre los antiguos, ya entre los actuales. En la biografía de la obra del profesor Ballesteros se hallarán enumerados todos o los más de ellos. Empero, entre tantas opiniones y diversidad de autores, no hay voz discrepante de narradores de su vida

y comentadores de su gobierno, en punto de su alteza moral y de su excelente gobierno, lo que indica que la figura de la reina se destaca en el campo de la historia universal con una grandeza ética que le comunica especial prestancia.

“Isabel de Castilla —dice don Valentín Gómez, otro de los españoles que han escrito sobre ella— es tal vez el corazón más grande que ha latido bajo la purpúrea túnica de la realeza”.

Viene a añadirse ahora a este conjunto de obras históricas sobre la Reina Católica otra narración biográfica, obra de crítica histórica además, en la que su autor, don Manuel Ballesteros Gaibrois, ha aspirado a tratar a la reina haciendo de ella, de su política y de su influencia en la historia peninsular y en la historia americana un análisis sereno y despojado de toda parcialidad o personal simpatía, a fin de dar una imagen precisa y humana de la reina, libre de toda parcialidad admirativa.

Ballesteros ha aspirado a acercarse a doña Isabel I con el espíritu con que lo hicieron sus vasallos, con respeto y sencillez, “porque —nos dice— precisamente su condición humana es la que pone de relieve su grandeza”.

Y así ha logrado efectuarlo en una obra que se lee con sumo interés, que se halla basada en adecuada y abundosa documentación, y que está escrita en forma clara y concisa. Por ello, durante la lectura de esta nueva biografía de la reina, o análisis de su personalidad y del espíritu con que gobernó en España y en las Indias, se va dando cuenta el lector de que sometida a este frío análisis se confirman los favorables y elogiosos conceptos de sus anteriores biógrafos o historiadores de los hechos de su tiempo. Y al cerrar el libro halla el lector que tras este género de crítica histórica sale la reina limpia de toda escoria y confirmado el fallo que había pronunciado la historia a través de tantos narradores y críticos; su grandeza de alma, su talento de gobernante, su absoluta integridad moral y su constante empeño de alcanzar la grandeza e integridad de España y de las Indias y la felicidad de su pueblo, así como a encaminar todo ello a la mayor gloria de Dios y a la propagación de la fe en el Nuevo Mundo que la Providencia había puesto en sus manos.

La obra de Ballesteros, pues, escrita tras severo análisis documental, viene a constituir una confirmación de los juicios que habían emitido los precedentes historiadores que analizaron la personalidad de la reina, confirmación expresada por un crítico que ha querido despojarse de todo espíritu de elogio que no encuentre respaldado por la severa documentación histórica.

Hay, sin embargo, aspectos de la política de los Reyes Católicos que han sido desfavorablemente vistos por algunos historiadores o comentaristas. Don Manuel Ballesteros aclara estos puntos para que se estime el auténtico valor de ellos, o reafirme lo expuesto por otros respetables autores.

En primer lugar debe aclararse que los derechos que llevaron al trono a doña Isabel de Castilla quedaron establecidos en el tratado de los Toros de Guisando, efectuado entre el rey Enrique IV y el partido que

le era adicto, y aquella otra parcialidad que rechazaba en la línea sucesoria a la hija del rey, doña Juana. Antes de este convenio, Isabel que había rechazado la corona cuando se la ofreció el arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo, y se había negado terminantemente a sumarse a uno de los partidos beligerantes. No aprobó ella la política del partido rebelde al rey, y solo se tuvo por sucesora de su hermano Enrique IV cuando fue legalmente reconocida por él como legítima heredera del trono y adquirió el título de princesa de Asturias. Cita Ballesteros las palabras mismas de la princesa cuando se negó a rebelarse contra su hermano: "porque si yo gano el trono rebelándome contra él, ¿cómo podría condenar mañana a quien quisiera desconocerme?".

El rey con lo establecido en este convenio "desautorizaba y desheredaba a su propia y legítima hija, al menos ante la ley". Y así, "por inesperados caminos Isabel de Castilla, hija de un segundo matrimonio del rey don Juan II, su padre, pasaba a un primerísimo plano de las intrigas y de las complicaciones políticas de su patria".

Se expone en la obra que nos ocupa esta política, ciertamente complicada, que dio por resultado la unión de Castilla y de Aragón con el matrimonio de doña Isabel y el infante don Fernando, a quien en la nomenclatura aragonesa correspondía el nombre de Fernando II, pero como rey de Castilla el de Fernando V.

El matrimonio de los dos príncipes, contraído sin el asentimiento de Enrique IV, violaba el acuerdo de los Toros de Guisado, por ello, Enrique, terriblemente irritado cuando se efectuó el enlace, al que contribuyeron tanto la mutua inclinación de los contrayentes como el empeño del partido adicto a Isabel, desconoció o dio por inválido el acuerdo de los Toros de Guisado.

Mas las circunstancias políticas que conturbaban el país obligaron al rey, en la entrevista de Segovia, a hacer la paz con los príncipes, y volvió a reconocer a su hermana Isabel por heredera de la corona.

He aquí, en breve síntesis, expuesta la situación jurídica como la muestra el historiador de cuya obra tratamos, en forma más extensa, aunque con precisa concisión; situación jurídica que establecía el legítimo derecho de la princesa Isabel a la Corona de Castilla, con el cual ascendió al trono al producirse el 12 de diciembre de 1474 la muerte de su hermano Enrique IV.

Al día siguiente fue ella proclamada y coronada en Segovia como reina de Castilla y de León.

Otro punto de controversia ha sido el de la expulsión de los judíos. Esta resolución de los Reyes Católicos, y por tanto de la reina —puesto que conforme al estatuto real el gobierno se ejercía conjuntamente cuando los reyes se hallaran reunidos en un mismo lugar, y separadamente cuando lo estaban en dos distintos— no se efectuó a impulsos de pasiones sectarias, de odio a los expulsos, al decretar su extrañamiento de España en el breve y perentorio plazo de cuatro meses. Los móviles fueron otros,

entre ellos el de evitar la persecución que sufrían los judíos por parte del pueblo español, que los miraba con desprecio por sus diferencias religiosas, por las agresiones que de ellos recibía, por la absorción de riquezas en manos israelitas y porque los judíos se entendían con los moros para favorecer sus frecuentes rebeldías.

Con la toma de Granada los moros habían perdido el último reino que ocupaban en la península, pero los que quedaron en tierras españolas, aunque vivían en aparente sumisión, mantenían un perpetuo espíritu de rebeldía.

El establecimiento del Santo Oficio le ha sido también censurado a la reina, más en este punto, como en el anterior, debe tenerse presente —como Ballesteros lo dice— que se trata de evitar las falsas conversiones que mantenían dentro del reino a los enemigos del orden después de la reconquista y de la recuperación del reino de Granada. Y tan grave era la subsistencia en el territorio peninsular de quienes no solo conspiraban contra la unidad de la fe sino también contra la seguridad del Estado, que fue más tarde necesario expulsar también a los moriscos.

El tribunal de la inquisición, hace notar el autor de la obra que comentamos, era entonces institución establecida en Francia en la época en que los albigenses habían roto la unidad religiosa de la nación. Al implantarse en España este tribunal se introdujeron en la institución necesarias variaciones, de acuerdo con las circunstancias del tiempo y con el objeto a que el tribunal se destinaba, a la vez que se le infundió un espíritu enteramente nacional.

El peligro que tanto para la unidad de la fe como para la seguridad del Estado ofrecían los moriscos y los judíos lo prueban no solo los graves hechos que ellos suscitaban en la época de la reconquista del reino de Granada, sino hasta mucho tiempo después, cuando las guerras de los moriscos durante los reinados de Carlos V y Felipe II. Y ya en esa época no solo subsistía en parte la necesidad de velar para evitar la influencia de los que aún conspiraban contra España y contra su fe, sino que todo ello se complicaba con la aparición de luteranos y calvinistas, que cooperaban con los antiguos enemigos, o que suscitaban el odio del pueblo, conjurándose también contra la fe y contra el Estado. Aparecían entonces contubernios y confabulaciones que era preciso destruir por medio de la vigilancia que velara por la estabilidad del reino y las instituciones religiosas.

La inquisición hacía, pues, parte de un sistema defensivo del país, de la nacionalidad misma, como diríamos hoy. Dentro de las normas actuales pueden parecer extraños los procedimientos inquisitivos, pero entonces no lo eran, ni se tenían por ilegítimas ciertas actividades ideológicas que en los sistemas democráticos modernos, que suelen pecar de indefensos, se consideran inaceptables. Los procedimientos drásticos del tribunal establecido en España son censurados por la historia actual, aunque no se repara que los adversarios de la civilización occidental cristiana usaban, como ahora, los más atentatorios procedimientos contra las más elementales libertades humanas para destruir hasta sus cimientos, en sus más sólidas bases la civilización cristiana.

En aquellos tiempos en que surgieron las divergencias religiosas que alteraban la paz de los pueblos, los procedimientos penales eran en extremo severos, y por ello se aplicaron en la inquisición, si bien no en forma tan frecuente y extrema como suele sugerirlo la historia. Y no fue ello solo practicado en España, sino que así mismo se usó de tales procedimientos en otras naciones de Europa, aun con mayor severidad. En Inglaterra, en tiempo de la reina Isabel I, del mismo nombre pero de opuestos caracteres a la Isabel de España, se aplicaron los más duros castigos a quienes no aceptaron la reforma iniciada por Enrique VIII y llevada adelante por su hija.

La historia presenta multitud de ejemplos de los sistemas, penas e inquisitoriales, no ortodoxos solamente, sino heterodoxos —y estos quizá más duros— aplicados en Europa.

Expone el historiador Ballesteros sucinta y claramente la política seguida por los Reyes Católicos en Europa para anular la influencia contraria o antiespañola de Francia, y en la que actuó acaso más el rey Fernando que la reina, por medio de las alianzas con las casas imperantes. Por este medio lograron rodear a Francia o encerrarla en un estrecho círculo de influencias que le impidieran adquirir la supremacía entre los Estados cristianos.

Una de estas alianzas, cabe comentar al referirse a ellas, fue la que se estableció con Inglaterra por medio del matrimonio de la princesa Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, con el primogénito del rey Enrique VII, y muerto este príncipe, con el matrimonio de la misma doña Catalina con el rey Enrique VIII, matrimonio del que nació la princesa y luego reina inglesa María Tudor, esposa luego de Felipe II.

La alianza se alteró durante el reinado de Enrique VIII, cuando este intentó anular su matrimonio para casarse con Ana Bolena, y aunque se trató de restablecerla después con el matrimonio de María con Felipe, el intento no dio los resultados apetecidos, puesto que muerta la reina María sin sucesión, ascendió al trono la hija de Enrique y de Ana Bolena. Desde entonces la alianza se tornó en terrible rivalidad entre España e Inglaterra. Esta reina inició en seguida su política antihispánica para arrebatárle a España la supremacía en Europa. La rivalidad se prolongó por muchos años, hasta la época reciente; y fruto de este antagonismo pueden considerarse la intervención de España en la independencia de los Estados Unidos y la venida de la Legión Británica a Venezuela y Colombia.

No habían podido suponer los Reyes Católicos este cambio tan radical en sus cálculos, ni menos que la corona de España fuera a parar, andando los tiempos, a las sienes de un príncipe francés que sustituiría a la casa de Austria por la de Borbón en el trono de España, con la oposición de Inglaterra, que en alianza con el aspirante austriaco, actuó en la guerra de sucesión y se apoderó de Gibraltar, baluarte este que la reina Isabel tenía por punto fundamentalmente necesario para España, y que ordenó conservar a toda costa.

Tampoco hubieran los reyes imaginado que depuesta luego la dinastía borbónica en España por Napoleón, se reiniciara transitoriamente la alianza inglesa para restablecer a un rey Borbón en el trono español.

Observa el historiador Ballesteros que, no obstante su grandeza, los Reyes Católicos no habrían pasado con tan alto honor como han pasado al gran plano de la historia si no se hallara asociado su nombre y su reinado al magno suceso que abrió la edad moderna: el descubrimiento del Nuevo Mundo. Y arguye que este hecho extraordinario debe considerarse como principio de esta edad, antes que la toma de Bizancio por los turcos, porque la ocupación de Constantinopla aunque significaba el fin de la continuidad del imperio romano en las formas greco-romanas de la cultura en el oriente, fue una etapa más en la ancestral pugna entre oriente y occidente; “entre las oleadas de pueblos venidos del interior de Asia y los pueblos estabilizados y sedentarios del mundo cristiano y de la lucha establecida a partir del siglo VII entre mahometanos y cristianos”. Por el contrario, las transformaciones sociales y económicas que se efectuaron en el mundo con el descubrimiento de América fueron substanciales, puesto que cambiaron la faz del mundo y determinaron la iniciación de una nueva edad “en la que —observa el historiador Ballesteros— los principios científicos, las manifestaciones económicas, las posibilidades políticas y todo, en una palabra, es distinto a lo anterior”.

Obra señalada de la gran reina fue, pues, la del descubrimiento de las Indias Occidentales, y obra a que la llevó su celo por el engrandecimiento de Castilla, y, en general, de los recién unidos reinos de España; y, además, y esto también en primer término, el celo religioso que la movía a adelantar una empresa misional para extender la fe católica por aquellas partes del mundo donde no había llegado la buena nueva del Evangelio ni se conocía aun el nombre de Cristo. En el feliz resultado de las negociaciones adelantadas ante la corte por Colón, como lo indica el historiador Ballesteros, el celo religioso y alteza de miras de la reina, fueron los móviles que la impulsaron a enviar el emisario que detuvo al decepcionado navegante cuando se alejaba de Granada con rumbo incierto en busca de otro apoyo para desarrollar su magna empresa de descubrir, a través de mar tenebroso, las tierras ignoradas con que soñaba el mundo antiguo.

La realización de este extraordinario empeño, de esta insigne aventura, que en el siglo XV equivalía a lo que hoy significan los viajes interplanetarios, fue ciertamente, como todas las demás realizaciones del gobierno de los Reyes Católicos, obra conjunta de los dos monarcas, y obra que el rey Fernando financió con fondos de Aragón, por medio de Santangel; pero el entusiasmo de la empresa fabulosa y de tan inciertos resultados como peligroso acometimiento, fue obra de Isabel la Católica, de Isabel de Castilla, madre de América.

Los ideales con que ella llevó a cabo por medio de Colón el descubrimiento de nuestro mundo americano, la hacen merecedora de este título, que Ballesteros se complace en reafirmar; y la hacen aún más digna de él las normas que señaló para que se adelantara la reducción de los indígenas y para que se efectuase el poblamiento y colonización de las Indias, puesto que ella fue quien determinó que estos reinos de América fueran provincias y parte integrante de Castilla; ella quien acogió como súbditos suyos a los

indígenas que poblaban estas tierras y les señaló desde el primer momento tal dignidad, proscribiendo la esclavitud a que el mismo Colón, llevado de un criterio utilitario erróneo, quiso someterlos.

Ya se ha mencionado el codicilo que contiene la voluntad de la reina sobre esta materia, y que, como queda asimismo expuesto, es punto que se trata en la obra a que me vengo refiriendo y del que se habla en ella en forma de comentario crítico para señalar el tino, prudencia y sabiduría de las disposiciones testamentarias de la soberana de Castilla.

Al hablar de ello el autor hace notar el acierto con que supo la reina proyectar hacia el futuro, por medio de este trascendental documento, su pensamiento de organización americanista, manifestado precisamente en un 12 de octubre, el de 1504, doce años después del descubrimiento de América. Por medio de este instrumento hizo la reina proclamación de su fe y señaló al mismo tiempo a esta fe católica como la que habían de seguir los monarcas sus sucesores. Ballesteros señala con estas mismas palabras esta característica del testamento.

Todo el ímpetu misional con que se adelantó en el curso de los siglos XVI y XVIII la incorporación de los indígenas de América a la civilización cristiana, obedece al rumbo que Isabel la Católica infundió en la obra americana de España y que con tanto empeño supo transmitir a los reyes, sus descendientes y sucesores, y, tengámoslo bien presente, a quienes en la dirección de los gobiernos de los pueblos hispanoamericanos recogieron su herencia espiritual y gubernativa.

Bien pudiera cerrarse este comentario de la obra de don Manuel Ballesteros con la afirmación que contiene el título con que él encabeza una de las partes de su libro: "Isabel hombre de Estado". Pues si es verdad que fue doña Isabel de tan señalada feminidad como esposa, como madre y como reina, no es menos cierto que en el gobierno mostró una férrea voluntad y una dirección política de marcado carácter varonil, como lo prueba el comentado historiador en los capítulos en que la presenta como creadora del Imperio Español y de su floreciente cultura, descubridora y madre del Nuevo Mundo e instauradora de la grandeza de España.